

Daniel Rodríguez Acero
El cazador de arañas

LHG



hespérides

DANIEL RODRÍGUEZ ACERO

El cazador de arañas



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2022

© De los textos: Daniel Rodríguez Acero

Madrid, febrero 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-1865-709-2
D. L.: M-2484-2022

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A Ángela,
cuya presencia recorre estos cuentos.*

Índice

Agradecimientos	11
I. LEGADO	13
La Madremonte.....	15
Tierra de huacas	31
El tunjo de oro.....	39
El guando	53
El patetarro.....	61
II. NORTE Y SUR.....	73
La Berraca	75
Tierra de santas	105
III. ORIGEN	131
El cazador de arañas	133
Cristianoyótl	151

Agradecimientos

A Ángela, cuya frescura, fe y sabiduría es la inspiración de más de un personaje en este libro. Gracias por compartir conmigo tus historias y darme una bienvenida tan especial a tu hogar. Espero que los relatos den muestra de tu espíritu inquebrantable.

A Yolanda, cocinera, partera y comadre inseparable que nos hizo gozar más de una tarde con sus recetas y sus historias entretenidas.

A Karina, mi compañera de viaje, que alivió la carga asociada a mis dudas y aceptó que los libros fueran el otro destinatario de mi cariño. Tu esencia también habita en estos cuentos, tanto las ideas que me sugeriste como el amor que me brindaste a lo largo de este proceso.

A Aurelio, el gramático, editor y hombre culto que le puso algo de sensatez a muchas de mis frases desordenadas.

A Albalucía Ángel, cuyas conversaciones torrenciales me alentaron a explorar mi lado místico y cuyas palabras en castellano ‘castizo’ tomé prestadas para dar sabor a estos cuentos.

Al Ateneu Barcelonés y, sobre todo, a Marilena de Chiara, que transmite a sus estudiantes la pasión por la lectura empleando un registro sumamente lúcido y sutil, y que consiguió que me abriera a otras formas de narrar.

A mi madre, por ilusionarse conmigo y por apoyarme siempre en mis sueños, y a mi padre, al que estoy agradecido por haber plantado en mí la semilla del amor hacia la literatura.

Por último, al equipo de La Huerta Grande por creer en este proyecto y por decirme palabras tan importantes como “aquí hay un autor”.

I. LEGADO

La Madremonte

El carro frenó a unos diez metros del bulto inerme. En el retrovisor se alcanzaba a ver cómo yacía sobre el asfalto, a un costado de la carretera oscura. El corazón de Camilo latía atropelladamente. Clavó la mirada en su hermano mayor. Germán se giró hacia él sin soltar el volante, y tras un instante, relajó los brazos.

—Qué fue eso. ¿Un animal, o qué vaina? —Su cara picada de viruela se contrajo en una mueca desencajada. Arrastraba las palabras.

—No sé, Germán. Lo del atajo fue tu idea. Ya te dije que por acá hay mucho monte, que algún animal pendejo se nos iba a aparecer en el camino.

—Ya: no te enfades. Voy a girar el carro.

Germán maniobró para que el todoterreno quedara al costado de la carretera. Los focos anegaron de luz toda la curva. Camilo abrió la puerta y se bajó.

Con pasos inestables, Germán rodeó el todoterreno y se ubicó junto a su hermano. Al principio les costó distinguir el cuerpo. Tan solo parecía una masa de vegetación como la que invadía las orillas de la vía. Hasta que vieron un charco oscuro, semejante al alquitrán, regado sobre uno de los numerosos baches. Un charco de sangre.

Se acercaron. Camilo se arrodilló para hurgar entre los yerbajos que cubrían por completo la forma tendida en la carretera. Una

excrecencia de maleza se adhería al torso y las extremidades como una costra enorme. Debajo de la vegetación que lo envolvía, Camilo palpó un cuerpo aún cálido. Retiró el brazo con brusquedad.

—¡Juepucha! Esto es una vieja, hermano.

—¿Cómo va a ser una vieja? ¿No ves que es una mano de matas?

—Germán, estoy seguro.

—¡Cállate la jeta! Déjame ver.

Germán se frotó los ojos, combatiendo la embriaguez. Se agachó y se puso a rebuscar entre las hojas, arrancando musgo, lianas y raíces hasta destapar unas facciones: una nariz puntiaguda y ojos vidriosos como canicas. Se irguió. Dio un leve empujón al cadáver con la punta del zapato, sin lograr desplazarlo, y se colgó los pulgares de la hebilla del cinturón.

—Esta vieja está tiesa.

—Germán, esta no es cualquier vieja. ¿No lo ves?

—¿Qué cosa?

—Es la mismísima Madremonte.

Camilo se aseguró la gorra de béisbol sobre la cabeza. Tenía las orejas menudas y separadas, de modo que casi siempre llevaba una gorra para atenuar su aspecto de marmota. Cubría su coronilla hasta en las contadas ocasiones en que hacía el amor.

—¿No recuerdas los cuentos de mamá? Ella preserva las selvas y los bosques —continuó—. Y de seguro nos echará una maldición.

—Dizque Madremonte... Qué maldición ni qué ocho cuartos. Solo es una desechable: una loca —espetó Germán, antes de reflexionar—. Pero si llamamos a los tombos, nos hacen esa prueba de soplar, y yo llevo encima unos cuantos tragos.

Regresó al todoterreno y se inclinó por la ventana para apagar el estéreo, que emitía un son carranguero. El rumor de un motor

ajeno le congeló en el acto, y cuando se dio la vuelta, alcanzó a ver las luces rojas traseras de un carro que acababa de pasar.

—Camilo, tenemos que salir de aquí pitados.

—¿Cómo vamos a dejarla tirada? —protestó Camilo—. Ya te dije que no es una desechable. No me voy de acá sin enterrarla.

—No me vengas con bobadas.

Germán dio un golpe al todoterreno con el flanco del puño. Miró a Camilo con exasperación.

—Hágale pues —dijo—, montemos a esta vieja en el maletero.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—No sé; ya lo pensaré. Ayúdame con esta vaina.

Camilo dudó un instante, pero obedeció. Juntos empezaron a arrastrar el bulto sangrante hacia el todoterreno. Camilo halaba de una liana como si fuera la cuerda de un paquete. Cedió bajo la tensión, se soltó, y el joven dio un traspié. Al volverse, distinguió la estela de sangre en el asfalto tras el arrastre del cadáver.

Intentó reunir saliva para escupir, sin éxito. Tenía la boca pastosa y la lengua soldada al paladar. Se sintió enfermo. *No es momento pa echarle mente.* Se santiguó e introdujo la mano en la masa vegetal que recubría el cuerpo.

Esta vez, con ahínco, lograron arrastrarlo hasta el todoterreno. Decidieron envolverlo en el abrigo de Camilo. Pusieron una toalla sucia sobre el suelo del maletero y, con torpeza, arrojaron el cadáver dentro. Quedó amontonado junto a los instrumentos musicales: la guitarra de su hermano y su propio tiple, que apenas una hora atrás tocaban juntos en una fiesta de cumpleaños.

Arrancaron y siguieron por la carretera sinuosa que bajaba del monte. Las estrellas ardían en el cielo, tamizadas en la negrura de la noche.

—¿Qué piensas hacer con ella? —repitió Camilo.

—Ya, cálmate. Vamos a la casa y miramos qué hacemos.

En cada curva, el cadáver rodaba de un lado al otro del maletero. Era un golpeteo romo e intermitente contra la carrocería; un eco de aquel choque penetrante que aún reverberaba en la cabeza de Camilo. Los chasquidos de los huesos se multiplicaban en su recuerdo. Traqueteaban *in crescendo* hasta concentrarse en una sola resonancia, ronca como el rasgueo de una guacharaca.

Al cabo de un rato de conducir en silencio, cuando Camilo creía tener la cabeza a punto de estallar, Germán dijo con convicción repentina:

—Ya sé. La enterramos en el huerto..., ahí nadie la va a encontrar.

—¿Y qué le explicamos a mamá?

—Hace rato que perdió la vista, imbécil —le reprendió—. Con tal de que no seas sapo, ella no se dará cuenta, ¿estamos?

—Listo.

Llegaron al fondo del valle, donde las luces de la ciudad difuminaban el fulgor de los astros. Aparcaron frente a una casa de dos pisos ubicada en un terreno particular, al otro lado de un riachuelo que dividía la población en sus lados este y oeste. Camilo se bajó del todoterreno para abrir la puerta de la cerca, que chirrió al girar.

—¡Juepucha! ¿No puedes hacer más ruido? —regañó Germán desde el todoterreno, olvidándose de que su voz enronquecida añadía al estrépito—. Ponte atento por si alguien viene.

El vehículo avanzó hacia el huerto exiguo, donde brotaban con timidez unos arbustos de tomate de árbol. Se apresuraron a buscar en el cobertizo unas palas. La tierra del huerto era blanda y no tardaron en abrir un hoyo profundo.

El maletero del carro, situado ante el hoyo, se abrió con un clic y el resuello del muelle neumático. Una vaharada de podredumbre vegetal se apoderó del aire. Tapándose la nariz con una mano, halaron del abrigo con la otra, hasta que el cadáver cayó sobre la

tierra con un golpe seco. Con la planta del pie, Germán impulsó el bulto informe hacia el hoyo. Lo cubrieron de tierra. Camilo se secó el sudor y se contempló a sí mismo, jadeante y con las botas y vaqueros manchados de barro. Luego observó a su hermano: a pesar de la fatiga, Germán esbozaba una sonrisa triunfal.

Cuando se acercaron a la casa a través del jardín, encontraron a su madre anciana en su camión de dormir, apoyada en el quicio de la puerta que unía el huerto y la cocina. No había encendido la bombilla de la cocina; se guiaba por el tacto y la memoria. Les contemplaba con sus ojos apagados.

—Me despertaron, mijitos. ¿Qué hacen trabajando a estas horas? Huelen a tierra.

—Nada especial, vieja. Estamos esparciendo una bolsa de fertilizante —contestó Camilo, mientras la cogía de la mano y la guiaba adentro—. Veamos si crecen esos palos secos.

A la mañana siguiente, Camilo se quedó pegado a las sábanas. Estaba acostumbrado a que el sol atravesara las cortinas de su ventana y le despertara. Pero ese día, el sol no encontraba resquicios por donde invadir la pieza. Fueron los silbidos incesantes de los pájaros los que finalmente le sacaron de sus sueños. Abrió los cristales y se sorprendió al ver una maraña de trepaderas cegando la ventana. Las apartó con la mano y vislumbró una ceiba del tamaño de la casa que dominaba la huerta, con unas gruesas y sinuosas raíces blancas que sobresalían de la tierra como tumefacciones.

Se puso una gorra y fue al huerto a investigar. Apenas salió de la casa, se encontró inmerso en una especie de selva profusa y umbría: plantas que habían brotado de la nada tapaban el sol con su fronda. Había árboles de muchas variedades, con los troncos cubiertos de líquen, y en las ramas trinaban pájaros como la tangara y el mielero, que nunca se avistaban fuera de los bosques de niebla.